

# De ángeles y demonios

Paulina Rivero Weber



*...si Dios es las flores y los árboles  
y los montes y el sol y la luz de la luna...  
entonces creo en él a toda hora,  
y mi vida es toda una oración...  
le obedezco viviendo espontáneamente,  
como quien abre los ojos y ve...*

Fernando Pessoa

duales, a la fusión con la totalidad natural de la que nos hemos alejado.

Es del todo comprensible el temor que entonces, y aún hoy, provoca este dios y lo que representa. Dignos son de temerse los instintos, las tendencias e impulsos que convierten a un individuo racional en un loco entusiasta. El

El Dios de la naturaleza salvaje, de la vida instintiva y la vegetación, no pudo haber encontrado un sitio más alto para ser reverenciado que el que le otorgaron los antiguos griegos. Ellos adoraron a Dioniso como sólo puede adorarse a quien se teme y admira a la vez. Es Nietzsche quien nos recuerda cómo el pueblo griego se aterrorizó al encontrar en Dioniso una mezcla de voluptuosidad y crueldad desbordante, que se manifestaba en aquellas legendarias fiestas orgiásticas. En éstas, todos los impulsos e instintos humanos eran desencadenados, y los seres humanos se rebajaban a un estado de salvajismo e irracionalidad. Hay quien ha llegado a creer que el ser humano se encuentra a la mitad del camino entre lo animal y lo divino. De ser así, Dioniso es la deidad que acerca a los hombres —y mujeres— a la animalidad más instintiva y destructiva. Sin embargo esta fuerza instintiva, para el griego, era divina, la comprendía como la fuerza que nos llama al retorno a la naturaleza, y por lo mismo, a la destrucción de las formas indivi-

Ilustraciones de Rodrigo Ballester.



entusiasmo —no lo olvidemos— es la cualidad del que está en-theos, en-dios; en-tusiasta significa en-diosado, es el que lleva en sí mismo al dios. Los entusiastas dionisiacos llevaban en sí mismos al dios de la vida salvaje, y por ello a su paso rompían con los límites impuestos por la vida cívica. Les caracterizaban las orgías, el derroche de fuerza sexual, comer vivos y crudos a los animales; el salvajismo y la crueldad propias de las legendarias brujas. Pero el mayor temor que siempre han ocasionado estos entusiastas, realmente no es el de caer en sus manos: el verdadero miedo no es el de ser devorado, sino el de devorar. No se trata de ser víctimas de los locos endiosados, sino del terror a convertirse en uno de ellos. Es el miedo a encontrar en ese desbordamiento de fuerza y de locura la propia imagen, como en un espejo. Es ver al otro, al loco, y saberlo un semejante, y por lo mismo ver en él la posibilidad de la propia locura, reconocerse en el otro bestial.

Al presentir los griegos que ese salvajismo no les resultaba del todo desconocido —pues algo de sí mismos sabían adivinar en esas fiestas orgiásticas— encontraron una salida genial: adoptaron al dios salvaje y desmesurado, y le adoraron en uno de sus más importantes

altares: en el mismo lugar en el que adoraban a Apolo, dios de la medida, de la luz y de las artes. Por supuesto que Nietzsche interpreta con tintes muy pacifistas la figura de Apolo, pero lo que importa es ver la interpretación filosófica que desliza en la relación Apolo-Dioniso. Para él, ante el desbordamiento sin medida propio de lo dionisiaco-salvaje, los griegos comprendieron su propio ser. Con ello llegaron a aceptarse a sí mismos como poseedores de esa energía desmesurada, no la rehuyeron, la divinizaron, pero haciéndola pasar por un tamiz. El tamiz se llama Apolo, el dios transfigurador, en el que el mismo Nietzsche cree encontrar no el simbolismo de la fuerza de la razón que media los instintos, sino el de la fuerza de otro instinto más, un instinto creativo, una cierta tendencia humana al orden y la medida, que transfigura la fuerza bruta en cultura.

El Dioniso salvaje, en Grecia se transforma en el dios de la fuerza vital; siendo el dios de las tinieblas, es a la vez el dios que ilumina y origina toda creación humana. Con Apolo como tamiz, parece ejercer esa misma potencia de destrucción, hacia la construcción, la creatividad y la libertad lúdica. Ya sea por medio



del arte, de la filosofía o de la creación de la cultura en general, la presencia y vigencia de este dios griego nos recuerda que es factible no requerir de represión alguna; basta con encauzar, sublimar o transfigurar la energía vital en algo creativo; en belleza, sensualidad, inteligencia o cultura en general. Así fue como el antiguo griego, el griego pre-filosófico, no consideró las fuerzas instintivas como algo maligno o vergonzoso, ni reprimió ni rechazó su energía vital. La sintió parte de su ser y la acrecentó, siempre dándole un cierto orden y una cierta medida. Esto es lo que Nietzsche admira del pueblo griego: su amor y su aceptación de la vida instintiva, el haber sido capaces de enfrentar el peligro que implican los impulsos instintivos, sin negarlos, sin reprimirlos, transfigurándolos, sublimándolos y jugando con ellos sin perder la posibilidad de la vida civilizada.

¿Qué ocurrió sin embargo cuando el mundo griego hubo de perecer? Para tratar de aproximarnos a una respuesta, hemos de recordar que Dioniso se acompañaba de esos fantásticos seres llamados sátiros: mitad hombre y mitad macho cabrío, el sátiro representaba también la vida libre e instintiva del campo. Ya los griegos llamaban “demonio” (*daímoon, daimonos*) a estos seres no humanos, pero tampoco completamente divinos. Los demonios griegos no eran dioses, sino hijos de los dioses, y como tales eran seres divinos, respetados y muchas veces alabados. Dioniso se acompañaba de demonios llamados sátiros, y se encontraba particularmente cerca del sátiro llamado Sileno. Éste era un demonio sabio, que vivía de manera salvaje; no era fácil verle ni atraparle. Tanto Dioniso como Sileno eran pues figuras divinas a través de las cuales el griego comprendía la fuerza y la sabiduría de la vida salvaje.

¿Qué hizo la religión popular cristiana con la magnífica figura del sátiro Sileno? Ante todo le otorgó un color: el color del peligro, de la sangre y de la alarma. Y a partir de entonces, el significado de la palabra “demonio” fue otro; el demonio para el cristianismo es simplemente la personificación de “el mal” en sí. El griego en sus dioses supo aceptarse a sí mismo; sus dioses eran un magnífico espejo de su propia realidad. Eran dioses celosos, pasionales, tramposos, libidinosos, envidiosos, eran amantes en-

tregados, desbordados, completamente parciales e injustos, eran dioses humanos, sencillamente humanos. Nobleza y vileza, honestidad y mentira, amor y odio, belleza y fealdad, honra y deshonor, parcialidad e imparcialidad, bien y mal, todo este desfile de valores humanos permea el Olimpo griego. No sucede así con el reino del dios cristiano. En él habita un único dios, rodeado de aquellos valores que nosotros, los humanos, hemos considerado como sacrosantos, como el absoluto “bien”. Tal vez debamos aquí repetir que si en efecto los dioses griegos murieron, fue de risa, al escuchar que había un dios que se pretendía el único, el verdadero y el absoluto. El cristianismo concentró en dos figuras únicas el bien y el mal: dios pasó a ser el bien absoluto y el demonio la encarnación del mal.

Pero detengámonos un momento: ¿qué se desliza detrás de la figura del demonio, de quien se presume ser el origen de todo mal? Detrás de él se encuentran Dioniso y sus demonios, sus “hombres-machos cabríos”, libres, salvajes, fuertes, sexuales, poderosos. El cristiano, al igual que el griego, se horrorizó ante la fuerza dionisiaca de la vida, sólo que el cristianismo no tuvo ya la fortaleza vital para aceptar esa fuerza como parte de su ser y crear belleza y cultura a partir de ella. Y ante la imposibilidad de sublimar, de transfigurar, el cristianismo optó por la vil represión. De esa manera todo aquello, antaño alabado y simbolizado por medio de la imagen de Dioniso y sus demonios, quedó asimilado al mal, y la palabra demonio se asoció a la maldad en sí. La libertad de la fuerza sexual y la espontaneidad de la vida salvaje fue vista como algo “malo” que había que reprimirse. Y claro que es imposible otorgar absoluta libertad a los instintos, pero el camino que el griego había encontrado no era la represión ni la negación, sino la sublimación. El costo del cristianismo fue altísimo. El cuerpo fue visto como la aparente fuente de esa fuerza demoníaca, y por lo mismo como el origen del mal, y su opuesto, la psique, fue elevada a la “santidad eterna”. La identidad del ser humano, por lo mismo, se identificó con el bien, y terminó así por concebirse a sí mismo como un soplo divino y eterno que habita en un cuerpo vil y mortal.

¿Qué somos pues?, ¿soplo divino o vil materia?, ¿luz celestial u oscuridad demoniaca? Pero ¿acaso no hay ya algo divino en la materia? Es completamente absurda la pretensión de elegir uno de los dos aspectos que conforman nuestro ser. Es como querer introducir en el bolsillo una cara de la moneda, sabiendo que tiene dos. Quien niega la noche, no sólo es un necio, sino que corre el riesgo de ni siquiera comprender que el día se define como tal únicamente frente a la oscuridad de la noche. Somos una unidad dual, y no dualidad en pugna, somos materia y espíritu. Una idea no es un producto puramente espiritual, el cuerpo está ahí presente en la idea, al igual que un orgasmo no es nunca un producto exclusivamente corporal: el alma va en él, o la psique, como quiera que se nombren los aspectos espirituales que forman parte de nuestro ser. Y tanta dignidad hay en una idea, como en un orgasmo; sólo comprendiendo que somos cuerpo y psique a la vez podremos volver a adorar a Dioniso en el mismo altar en el que alabamos a Apolo.

Tal vez si logramos asimilarnos, en cuerpo y alma, logremos sentirnos parte de la naturaleza y volvamos a reverenciarla como lo hicieron los antiguos griegos. Partiendo del reconocimiento de la fuerzas irracionales que nos habitan y congraciándonos con ellas, podremos llegar a ser sublimes, pues como lo dijo Nicol: "hasta la misma capacidad de razonar se ilumina cuando sabe de su fuente". Y sólo en el intento de comprender esa fuente puede respetarse y amarse por igual cuerpo y espíritu, y puede replantearse la pregunta por nuestro lugar en el mundo, que hasta ahora parece en efecto permanecer a la mitad del camino entre lo animal y lo divino. No ha sido difícil identificarnos con un dios hecho a imagen y semejanza de nuestra razón, ¿podremos también algún día volver a reconocernos en Dioniso, el dios hecho a imagen y semejanza de nuestra irracionalidad, de nuestra fuerza bruta e instintiva? ¿Volveremos a divinizar la vida humana, para aprender a ver a dios por igual en nuestra psique que en nuestro cuerpo y en toda la naturaleza? Tal vez sea el camino de una nueva religiosidad, de una especie de ateísmo religioso, o tal vez se trate de un teísmo extremo o un panteísmo, tal vez se trata de aquello que ya Spinoza llamaba dios, y que Pessoa supo también vislumbrar cuando dijo:

...si Dios es los árboles y las flores  
y los montes y la luz de la luna y el sol,  
¿Para qué lo llamo Dios?  
...lo llamo luz de luna y sol y árboles y flores  
y montes,  
y lo amo sin pensar en él,  
y lo pienso viendo y oyendo,  
y voy con él a todos horas. ①





Una exposición con 40 fotos de Enrique Metinides en gran formato estuvo montada en el Museo Universitario de Ciencia y Arte de la UNAM, donde permaneció hasta el domingo 27 del mes de abril.